como Simeon se dirigió al templo en el dia que el Niño-Jesus fué presentado, segun la Ley, para ser ofreido al Señor. Docil al

meon, comenzaba por exponerse á la faz de todas las naciones, para descubrir, por ultimo, el misterio oculto, hasta entonces, de la adopcíon de los Gentiles, y consumar asi la gloria de la raza de Israel. Símeon lo debió proclamar, y era ésa una grande palabra. Como Raquel, al morir, daba á luz un hijo, Benjamín, un hijo de amor y de dolor, Gen. xxxv, 18, el Judaísmo al desaparecer, dejaba pasar al cristianismo, la forma ultima y preferida de la religíon éterna. La familia de Abrahan, tán restringida, ápesar del incalculable numero de los que forman parte de ella, se transformaba en la ciudad universal de este Dios del cuál está escrito que : *Ama á todo lo que existe, y no abandona á ningun de los seres que há créado.* Sap. xi, 25. La Sinagoga se transformaba en Iglesia catolica. — Era, para ella, no morir màs que en apariencia, porque subsistiendo en su fondo inmortal, era élevada á un orden de vida superior y más extenso. Este pueblo, puesto á parte, y colocado en una tierra de eleccíon cómo una raiz preciosa que Dios se reservaba proteger y cultivar él mismo, íba á dilatarse á la manera de un arbol inmenso, y llamarse el genero humano. Desde que ellos entran, por la fé, en la esfera de la gracia, desde que participan de las promesas y toman puesto entre los heréderos, los Gentiles se encuentran sér *la gloria* de esta querida, y venerada, é indispensable nacion Judia, que es el *tronco*, dice san Pablo, *sobre el cual vienen á ingertarse.* Rom. xi, 17. Confidente de este Dios que la habia instituido, la Ley (quiero decir toda la religion mosaica) lo sabia desde mucho tiempo ; y nadíe lo ignoraba de los que, por su rectitud de corazon y su piedad, habian merecido comprender el sentido y tener la inteligencia de ella. Pero hoy esta Ley toma la voz de Símeon para hacer, en el templo, la confesíon publica. Jesus, nacido en Judea, de una Judia, y por lo tánto Judío él mismo, Jesus viene aquí bajo para todos y á todos pertenece. *La salvacion viene de los Judíos*, Joan. iv, 22 ; él es el orden. Los Gentiles à su vez, si, muy séguramente, yá Griegos, yá Romanos, yá barbaros ; pero ante todo los Judios. Rom. ii. 9. Ellos son los verdaderos antepasados, y nosotros nos apoyamos en ellos, como ellos mismos se apoyan en los patriarcas que se unen á Dios por Adan. Es,

Espiritu Santo que estaba en èl, y que yà *le habia revelado que no moriria sín haber visto* al *Ungido del Señor*, sintió en ese dia una inspiracion del mismo Espiritu Santo que le impulsaba hacia el templo, y se apresuró á obedecer .

Qué util leccion para nosotros, cristianos! No solamente Simeon vivia de manera que el Espiritu Santo permaneciése siempre en él ; sinò que no hacia nada más que por su inspiracíon y todo lo que le inspiraba, lo hacia. Cuán sabia es una conducta semejante! Porque no obrando más que por el ímpulso del Espiritu Santo, estaba seguro de no andar más que por el camino de la virtud. Y por otra parte, realizando todo lo que el Espiritu Santo le inspiraba, po-

pues, el imperecedero honor de esta tierra hebraica el haber suministrado el pan que será la vida y el alimento del mundo entero. Como la gloria del manantial es la del numero de arroyos en los cuáles vierte sus ondas, y la extensíon de las regiones que fertiliza regandolas ; del mismo modo la gloria de Israel es la multitud de estos pueblos que enriquece divinamente, que ilumina, que salva, dandoles su fruto que es el Salvador Jesus. — Sin duda, ay! por consecuencia de la perversidad humana, que aumenta todavia aquí la malicia del ínfierno, la armonia de este bello designío será en parte y deplorablemente turbado en la tierra. San Pablo lo afirma llorando, esta entrada de los Gentiles en la gracia, que debia sér el triunfo de los Judíos y su alegria, es para la mayoria de ellos un motivo de escandalo, y la ocasíon de un divorcío que subsiste todavia despues de diez y nueve siglos. Rom. ix, 3 y siguientes. Apesar de todo, el designío subsiste ; los menoscabos no caen más que sobre los individuos ; nuevos vastagos remplazan á los anteriores arrancados ó cortados ; y al final el arbol divino poseérà todas sus ramas, tendrá todas sus flores, dará á Dios todos sus frutos, y será eternamente verdad que los cristianos tienen á los Judíos por base. Es por lo que, hablando en nombre de los verdaderos Israelitas, Símeon canta altamente esta grande obra de la derecha de Dios, que es la catolicidad de la Iglesia, fundada sobre la universalidad de la misíon de Cristo y sobre el dón que Dios hace de él á toda la humanidad — (Gay. *Elev. sobre la vida* de N. S. J. C. Elevac. 20.)

dia tener la séguridad de agradar á Dios en todas las cosas. En éfecto, de tál modo le agradó, que Dios hizo á su fiél servidor la gracia de revelarle que no moriria sín haber visto al Ungido del Señor, es decír, al Mesias prometido para la redencíon del mundo.

Somos nosotros tán prudentes, cristianos, cómo este venerable anciano? Ay! cuánto nos falta á la mayoria de nosotros! Por de pronto, es nuestro príncipal cuídado el de que el Espiritu Santo permanezca en nosotros? Podriamos decirlo, cuando durante meses y años enteros vivimos fria y tranquilamente en el estado de pecado mortal? Y cuándo, apesar de nuestra indignidad, el Espiritu se digna hablar todavia á nuestro corazon para ilumínarnos y guiarnos por el camíno del deber, es su voz la que escuchámos, es á sus ínspiraciones á las que obedecémos? Ah! lo digo con dolor: seguímos gustosos todas las voces, pero desatendemos la suya. Qué el mundo nos sugiéra sus maximas tán falsas como fatales, y al instante nos adhérimos, y al momento creémos que no se puede ser joven y prudente, que es preciso que la juventud se pase en divertirse, que la virtud es cosa pesada, que basta ser hombre honrado, y que siempre será tiempo, por otra parte, para convertirse en el momento de la muerte. La voz de nuestras pasíones se hace oir? nada nos cuesta para satisfacerlas, y hacemos buena cuenta de la conciéncia y del honor que tratámos de vanos escrupulos. Prestamos tambien una atencion diligente á las tentaciones del demonio, nuestro más mortal enemigo, el ser el más falaz, asqueroso y despreciable que haya en el mundo, y lo más frecuentemente réalizamos con un ardor febril lo que él nos propone. Pero la voz del Espiritu Santo que no nos sugiere más que lo que es justo, lo que es bello, lo que es bueno, útil, saludable, necesario, indispensable, repito, y no queremos oirla, ó bien tenemos siempre mil pretestos excelentes para no hacer lo que él nos inspira. Es unas veces el interés de nuestra salud, otras el interés de nuestra reputacion, y, en algunas, el interes de nuestros hijos; cómo si el mayor y el unico de todos los intereses no fuéra el escuchar constante é invariablemente todas sus inspiraciones, todos sus movimientos. Nó, no hay locura comparable con la nuestra. Así qué sucede? Que escuchando en todas estas cosas la voz del mundo, de nuestras pasíones y del demonio que son todos nuestros enemigos, y no escuchando nunca la del Espiritu Santo que solo quiere nuestro bien, llevámos una vida muy miserable, sin alegria verdadera y sin paz, y que no es más que el preludio de la que nos espera en el infierno. Apresurémosnos, cristianos, á reformar una conducta tán irracional, y á no obrar en todas nuestras acciones, más que, cómo Simeon, por el movimiento y la inspiracion del Espiritu Santo.

II. — *Lo que Simeon hace en el templo.* El Evangelio no nos lo deja adivinar; nos lo hace saber positivamente, diciendo que *cogió en sus brazos al Niño-Jesus.* Dichoso anciano, cuál no debió ser vuestra alegria en este momento, al tener, por ultimo, en vuestros brazos, sobre vuestro corazon, al que vuestros padres habian en vano esperado durante cuarenta siglos, y por el cuál habiais vos mismo suspirado durante toda vuestra larga vida! Ah! cómo este momento debió llenaros de dulzura, y qué lagrimas tán deliciosas no debieron desprenderse de vuestros ojos! Simeon fué tán dichoso en este instante, cristianos, que no desearia yá gozar ninguna otra felicidad en este mundo. Todas las demas alegrias parecian ínsipidas, despues de haber gozado la de estrechar contra el corazon al Salvador prometido á los hombres. Y deseaba morir, y lo pedia á Dios, diciendo: *Ahora, Señor,* yo os lo suplico, *dejád á vuestro servidor morir en paz.*

No tengámos envidia, cristianos, por la dicha de Simeon. No solamente podemos disfrutar de la misma felicidad que él, sino que lo debemos. Porque es aqui, nos dicen los Santos Padres, el representante de toda la naturaleza humana, la representacion de los pobres pecadores, y por consiguiente, la nuestra. El es la representacion de los pecadores, porque Jesucristo no habiendo sido ofrecido á Dios más que para sér su rescate, están instruidos de lo que deben hacer; es decir, tomar á Jesucristo en sus brazos cómo su Salvador.

Pero,cómo podemos, cómo debemos nosotros tomar á Jesucristo en nuestros brazos? Podemos y debemos tomar á Jesucristo en nuestros brazos con el espiritu y por la fé. Es decir, como se une á lo que se abraza, así debemos unirnos á Jesucristo, con todas las facultades de nuestra alma. — Debemos unirnos á él con la inteligencia, esforzandonos por penetrar y comprender siempre, de más en mejor, todos los misterios de nuestra santa fé, en particular el de la redencion, que es, respecto á nosotros, la consumacion de todos los demás. — Debemos unirnos á él con nuestra memoria, no perdiendo nunca de vista estos mismos misterios, sino dandoles siempre el primer lugar en nuestros pensamientos y recordandonoslos en todas nuestras acciones, unas veces los unos, otras los otros, segun lo que hagámos. Por ejemplo, cuando trabajémos, podemos recordarnos los misterios del taller de Nazaret ó los de las fatigas de la predicacion évangelica ; cuando estémos alegres, los de la transfiguracion en el monte Thabor; cuando estémos tristes, los de crucifixion en el Calvario. Y así, repito, en todas las circunstancias, estados y ocupaciones en que nos podamos encontrar. — Debemos unirnos á Jesucristo con nuestra voluntad, cumpliendo todo lo que él nos manda, y absteniendonos de todo lo que nos prohibe. Si estuviéramos asi unidos á Jesucristo, si permaneciéramos asi abrazados con todas nuestras facultades y con todas las fibras de nuestra alma, quién podria separarnos de él? *Será la tribulacion, ó las angustias, ó el hambre, ó la desnudez, ó los peligros, ó la persecucion, ó la muerte?* preguntaré con el apostol San Pablo. Y con él responderé, que si nos tenemos abrazados á Jesucristo como acabo de explicarlo, ni *la muerte, ni la vida, ni los angeles, ni los principados, ni las virtudes, ni el presente, ni el porvenir, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto, ni lo que hay de más bajo, ni criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios, que está fundado en Jesucristo Nuestro Señor.*

Podemos y debemos tomar á Jesucristo en nuestros brazos de otra manera tambien, por la santa comunion. Este es el deseo del

Salvador, que nos lo expresa hoy en figura de la persona de Simeon. Es tambien su orden formal, que nos intima bajo pena, sino la observamos, de no tener la vida en nosotros: *En verdad, en verdad, os lo digo*, esclama ; *si no comeis la carne del Hijo del Hombre y si no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.* Por el contrario, *el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida éterna, y le resucitaré en el ultimo dia*[1]. Preciso es que séamos insensatos, cristianos, para no tomar en nuestros brazos, para no recibir en nuestros corazones á un Dios tán amable y tán bueno ! Preciso es que séamos insensatos para privarnos voluntariamente de poseér un huesped tán benefico ! O bien, cuando de tarde en tarde lo recibimos, preciso es que estémos endurecidos para que nuestro corazon permanezca frio cerca de un horno semejante ! Ah ! cuánto la tierna alegria y las éfusiones amorosas de Simeon no condenan nuestra glacial indiferencia ! Y no digamos para escusernos, que Simeon veia á Jesus con sus ojos y que nosotros no lo vémos. Simeon veia con sus ojos el cuerpo bajo el cuál Jesus ocultaba su divinidad ; pero á esta la veía él ? No vemos nosotros tambien con nuestros ojos las especies sacramentales, bajo las cuáles Jesus se oculta á nuestras miradas ? Pretender escusar su dureza diciendo que no se vé á Jesus en la Eucaristia, es condenarse, porque se le debe precisamente ver, no con los ojos del cuerpo, es verdad, sino con los del alma y de la fé. Si, pues, nosotros no abrazamos á Jesucristo por la comunion, ó sino lo recibimos con sentimientos de alegria y de amor cuyo éjemplo nos dá Simeon, es á nuestra falta de fé solamente que debemos culpar. Réanimémos, por consiguiente, nuestra fé, tengámosla tán viva como la tenia Simeon, y suspirarémos por la comunion cómo él suspiraba por el dia en que podria poseér á su Salvador, y recibirémos la divina Eucaristia en nuestras almas con los mismos sentimientos de santo fervor que él há cogido al Niño-Jesus en sus brazos para estrecharle contra su corazon.

1. Joan. VI, 54 y 55.

III. — *Lo que Simeon dice en el templo.* — Mientras que tenia en sus brazos al divino Niño, el venerable anciano dejó brotar de su alma trasportes de alegria en estos terminos: « *Es ahora, Señor, que dejaréis morir en paz á vuestro servidor, segun vuestra palabra; puesto que mis ojos hán visto al Salvador, que nos dais, y que destinais para sér expuesto á la contemplacion de todos los pueblos, para sér la luz que alumbrará á las naciones, y la gloria de Israel vuestro pueblo.* Qué hermoso cantico, cristianos, qué lecciones y qué enseñanzas encierra! Véd como este anciano, habiendo una vez, verdaderamente, gozado de Dios, no deséa más esta tierra y esta vida! No aspira más que á abandonarlas, y ruega á Dios el *dejarlo ahora morir en paz.* Si hubiéramos gozado á Dios cómo él, no encontrariamos yá nada, aqui bajo, que nos pudiése atraer, y suplicaríamos á Dios que no prolonguáse más nuestro destierro en este mundo, Pero, porque no hémos gozado á Dios, nos atraen las cosas de este mundo, de las cuáles quisiéramos disfrutar siempre, y sentímos un miedo horrible por la muerte, que no por eso dejarémos de sufrir. Ah! cómo nos seria saludable el meditar con frécuencia estas palabras de Simeon en el templo: *Señor, dejad ahora morir en paz á vuestro servidor.*

Pero no considéremos menos las élevadas funcíones que Simeon nos revela como debiendo sér cumplidas por Jesucristo, *que está destinado á ser expuesto*, nos dice, *á la vista de todos los pueblos para ser la luz que alumbrará, y la gloria de Israel.* Estas palabras profeticas, en éfecto, se hán réalizado en toda su extension. Nadie há procurado á la nacíon israelita una gloria comparable á la que le há sido dada por Jesucristo. De todos los hijos de Israel, es el más ilustre y el más bienhechor. La gloria de David y de Salomon, de los patriarcas y de los profetas, palidecen delante de la suya, cómo la luz de los estrellas palidece delante del Sol. Y en cuánto á las naciones, nadíe tampoco las há ilustrado como él. Las enseñanzas desprendidas de sus labios hán, por ultimo, hecho conocer á los hombres, yá lo que debian creér, yá lo que debian hacer. Antes de él, los sabios y los filosofos del paganismo en vano se

habian esforzado por ilustrar á los hombres, sobre su origen, sus deberes y sobre su fin. No se sabia casi nada de todo esto, y lo poco que se sabia quedaba envuelto en incertidumbres. Pero, desde que Jesucristo hubo realizado su ministerio evangelico, todas las tinieblas fueron disipadas, y cada cuál conoció de la manera la más segura las verdades que es preciso creér y los actos que es necesario éjecutar. Y despues, en vano la heréjia y la impiedad hán querido, durante siglos, batir en brecha la enseñanza luminosa de Jesucristo; los errores y los pretendidos razonamientos que le hán sido opuestos, hán sido abandonados los unos despues de los otros y olvidados, y Jesucristo, victorioso de todos estos ataques impotentes, há quedado *la luz que ilumina para siempre* á todas las naciones.

Qué consuelo para nosotros, cristianos, el de tener por Maestro al que há sido destinado para ser la luz del mundo! No temámos que las palabras de su divina boca séan nunca convencidas de error. Ellas permanecerán siempre táles cómo hán sido dichas, porque son la verdad, y esta no cambia. Ellas hán servido para iluminar á nuestros antepasados, y del mismo modo ilustrarán á todos áquellos de nuestros descendientes que no desviarán de ellas sus miradas.

Dejémos á los insensatos correr detrás de los innovadores y escuchar á los fabricantes de falsedades. Su numero, ay! es demasiado grande, en estos tiempos de vertigo y de confusíon. Es de estos hombres que el Espiritu Santo há dicho, que la luz há brillado en medío de ellos, pero que no hán querido recibirla[1]. Qué lamentos no se preparan para el dia inévitable en que deberán confesar que hán querido dejarse engañar groseramente! En cuánto á nosotros, adhirámosnos inviolablemente á este Maestro de la verdad éterna, y séamos tán altivos cómo dichosos por ser sus discipulos. Ninguna decepcion nos espera, si permanecémos fiéles. Continuémos siendolo. En cuánto á los trásfugas, compadezcámoslos, y en caso de

1. Joan. I, 5.

necesidad repitámosles la palabra de Simeon, que el que há sido colocado *para ser la luz de las naciones*, es Jesucristo, Jesucristo solo, y que no hay otro. Quizás, por esta sola palabra, prepararémos nosotros su vuelta.

Conclusion. — Obedecer en todas nuestras acciones al ímpulso del Espiritu Santo, abrazar á Jesucristo en la santa comunion y generalmente en su ley con todas las potencias de nuestra alma, y considerarle cómo el solo Maestro dado al mundo para iluminarle con sus enseñanzas; tales son, cristianos, las tres importantes lecciones que se desprenderá para nosotros, en primer lugar, de la manera cómo Simeon se dirije hoy al templo; en segundo lugar, de lo que él hace, y, por ultimo, de lo que dice. Pongámosnos con frecuencia ante la vista estas lecciones, por lo menos en estos dias, tán llenos por el recuerdo de venerable Simeon. No las perdámos jamas de vista, porque séa bajo esta forma, séa bajo otra, ellas son fudamentales en la vida cristiana. Son tán esenciales, que no se puede salvar sin observarlas. Qué nos haga Dios la gracia, yá de recordarnoslas, yá de ponerlas en practica, con el objeto de que despues de haber marchado, aqui bajo, guiados por la luz de las enseñanzas del Salvador, séamos admitidos á contemplarle en el brillo de su gloria. Así séa.

San José, esposo de Maria.

I. Qué gloria para José el haber sido esposo de Maria. — II. Como há sido élevado á este honor.

Trés veces, en el Evangelio del cuál ácabo de daros lectura, San José es llamado el esposo de Maria. Por su parte, la Iglesia, que dá á cada santo el titulo que le es el más glorioso, que llama á la Santisima Virgen, Madre de Dios; á San Joaquin, padre de la Santa Virgen; no pone á San José otra calificacion que la de esposo de Maria. Es ése su titulo oficial en la liturgia sagrada. En este dia, consagrado á honrar á este santo patriarca, no sabriamos élegir

un asunto mejor para nuestras reflexiones que el de este titulo de esposo de Maria. En una primera reflexíon, considerarémos qué grande gloria há sido para San José el ser élevado á este honor; y en una segunda, verémos cómo há sido élevado. Glorificando completamente á San José, no omitirémos el haceros las aplicaciones practicas que nos serán sujeridas por nuestro asunto.

I. — *Qué grande gloria es para San José el haber sido el esposo de Maria.* — San Gregorio Nicianceno, teniendo que hacer el élogio del marido de su hermana, que se llamaba Gorgonia, se expresó asi: « Quereis que con una sola palabra os pinte á este hombre? Fué el esposo de Gorgonia[1]. » El hubiera podido hablar de sus riquezas, de su nobleza, de su piédad éjemplar y de todas las cuálidades del cuerpo y de todas las perfecciones del alma que brillaban en él; pero consideraba que el haber sido esposo de Gorgonia era para él una gloria que sobrepujaba á todo lo demas, y que bastaba recordarlo, para que fuése inutil añadír nada en su élogio. « No sé, añade él en efecto, que sea necesario decir más[2]. » Y este ilustre Padre de la Iglesia tenia razon. Porque Gorgonia habiendo merecido toda clase de álabanzas por su perfectisíma virtud, su marido merecia los mismos élogíos que ella, por el hecho de su matrimonio con ella; teniendo por efecto el matrimonio el hacer todas las cosas comunes entre las personas casadas, en particular los honores, las riquezas, las afecciones y los sentimientos, se puede añadir tambien la vida, y hasta el cuerpo y el alma, puesto que no *son los dos más que una misma cosa*, y que en buen derecho no pasan ambos más que por una sola y misma persona. Lo cual es perfectamente justo; porque el marido y la mujer estaban, en el principio, contenidos en el mismo ser, que era Adan, y la mujer no há sido sacada de él más que para estarle de nuevo unida por el lazo del matrimonio, que establece entre ambos esposos una unión tán intima y tán estrecha, en cierto modo, cómo la que une el alma con el cuerpo; puesto que, como no

1. Orat. de laud. Gorgon.
2. Ibid.